







VIDA REAL

CHAI EDITORA



Brandon Taylor

VIDA REAL

Traducción de JUAN NADALINI

Taylor, Brandon

1. Narrativa. 2. Novelas.

Título original

Real Life

© Del texto, Brandon Taylor, 2020

© De esta edición, Chai Editora, 2023

© De la traducción, Juan Nadalini, 2023

Diseño de tapa

Gonzalo Marín

Diseño de identidad y colección

Lamas Burgariotti

Foto de tapa

Silvino Mendonça

Primera edición

Octubre 2023

ISBN: 978-631-90050-1-1

Hecho el depósito que marca
la ley 11.723

Austria 1840 depto V.

(C1425EGD)

Ciudad de Buenos Aires,

Argentina

www.chaieditora.com



*He pasado meses solitarios,
y se me han legado noches de sufrimiento.*

Job 7:3



1

Era una tarde fresca de finales de verano cuando Wallace, cuyo padre había muerto varias semanas atrás, decidió que a fin de cuentas sí se iba a reunir con sus amigos en el muelle. El lago estaba salpicado de olas claras. Todos atesoraban esos últimos días ventosos, antes de que el tiempo se pusiera gélido e imprevisible. El aire vibraba cargado de buenos momentos, de caras radiantes, de risas que brotaban como rayos de las bocas abiertas de las personas blancas mientras se iban dispersando por los patios escalonados. En lo alto, las gaviotas daban vueltas con absoluta ligereza.

Desde una de las plataformas elevadas, Wallace contempló el gentío tratando de identificar a su propio grupo de chicos blancos, pero también con la certeza de que aún era posible dar media vuelta e irse, volver a casa y seguir con sus cosas. Hacía casi dos años que no iba al lago con sus amigos, un espacio de tiempo que lo avergonzaba porque parecía reclamarle una excusa de la que él carecía. Seguramente tenía que ver con los amontonamientos, con la insistencia de los cuerpos ajenos, con el modo en que los pájaros giraban en el cielo y cada tanto se lanzaban como bombas sobre las mesitas para picotear comida o hurgar en el suelo, entre los pies, como si ellos también estuvieran socializando. Amenazas desde todos los rincones. Y también estaba, claro, el problema del ruido: ese rebuzno desesperado hecho de interrupciones mutuas, la mala música, los nenes y los perros, las radios de las fraternidades a orillas del lago, los estéreos de los autos por las calles, el grito masivo de cientos de vidas incapaces de ponerse de acuerdo.

El ruido le exigía a Wallace cosas difusas, extrañas.

Allá abajo, muy cerca del lago, en unas mesas de madera color borravino, los divisó a los cuatro. O más bien: lo vio a Miller, alguien absurdamente alto, el más fácil de ver en ese grupo. Después a Yngve y a Cole, que eran *apenas* altos, y por último a Vincent, que casi no alcanzaba la cota de la estatura promedio. Miller, Yngve y Cole parecían un trío de ciervos pálidos y enhiestos, como si pertenecieran a una especie aparte, y habría sido imposible culpar a cualquiera que, en un apuro, los creyera parientes. Al igual que Wallace, y que el resto de sus amigos, todos habían recalado en esa ciudad del Midwest para tratar de obtener un posgrado en bioquímica. Su curso era el primero relativamente pequeño en mucho tiempo, y el primero en más de tres décadas en incluir a una persona negra. En sus horas menos generosas, Wallace creía que estos dos hechos estaban vinculados: que una reducción en el número de candidatos —una merma— era lo que había permitido su ingreso.

Wallace estaba a punto de volver a su casa —ya no sabía con certeza si sería capaz de tolerar la compañía de otra gente, algo que hasta hacía poco le parecía incluso *necesario*—, cuando Cole miró hacia arriba y lo vio. Empezó a sacudir los brazos, como estirándose, como si quisiera asegurarse de que Wallace lo advertía, aunque era perfectamente obvio que él los estaba mirando fijo. Ahora ya no había vuelta atrás. Wallace los saludó con la mano.

Era viernes.

Bajó una escalera semipodrida y se acercó a la orilla, al hedor denso de las algas. Fue siguiendo un muro curvo, pasó junto a los cascos de las embarcaciones, junto a las piedras oscuras que sobresalían del lago, junto a la extensa escollera que se adentraba en el agua, donde también había gente, y más risas, y al avanzar contempló esa extensión verde y vasta, los barcos que surcaban la superficie, sus velas blancas y firmes contra el viento, y el cielo cercano, amplio.

Era perfecto.

Era hermoso.

Era una tarde más de finales de verano.

*

Una hora antes, Wallace había ido al laboratorio. Se había pasado el verano entero criando nematodos, proceso que además de tedioso le parecía difícil. Los nematodos son gusanos microscópicos, de vida autónoma, que habitan en la tierra y que llegan a medir apenas un milímetro cuando están completamente desarrollados. El proyecto de Wallace contemplaba la generación de cuatro cepas de nematodos, que luego debían cruzarse entre sí con sumo cuidado. Suponía, en primer lugar, la inducción de una lesión genética capaz de producir, al repararse, un determinado cambio —la intensificación o interrupción de una expresión genética, el debilitamiento de una proteína, la remoción o el agregado de un segmento de material genético—, que luego se transmitiría de generación en generación, como las pecas, una hendidura entre los dientes o el uso de la mano izquierda. Después venía la matemática necesaria, simple pero minuciosa, para combinar esa modificación con las otras modificaciones en las demás cepas, cambios que a veces requerían de un marcador o de un balanceador: un leve ajuste en el sistema nervioso que le permitiera a la criatura modificar su comportamiento —para rodar, por ejemplo, en lugar de reptar—, o una mutación en la cutícula que engrosara los nematodos hasta dejarlos similares a confites en miniatura. Esto incluía, por supuesto, la posible contrariedad de generar machos, que son habitualmente animales demasiado frágiles y sin ninguna voluntad por aparearse; y luego, desde ya, la desintegración de los gusanos y la extracción de su material genético, algo que podía revelar, tras semanas de criar y controlar, con todo cuidado, a esas múltiples generaciones, que la modificación se había perdido. Lo que venía después era directamente una lucha sin cuartel: días o semanas dedicados a revisar viejas placas hasta encontrar esa modificación entre millares de descendientes; el alivio salvaje y febril de descubrir, a último momento, al nematodo invaluable en esa masa de animalitos frenéticos, y más tarde vuelta a empezar con todo el proceso de reproducción, lento y sostenido, uniendo los cromosomas seleccionados y descartando los indeseables, hasta que por fin emergía la cepa buscada.

Todos los días de ese verano radiante, Wallace había intentado criar esa única cepa de nematodos. Una hora antes, en el laboratorio, había extraído de la incubadora sus cajas con las placas de agar. Durante tres días había esperado a que esa generación engendrara a la siguiente, tal como había esperado antes. Juntaría a las crías aptas —esos organismos casi invisibles— y las separaría hasta obtener, por fin, su triple mutante. Cuando fue a controlar el estado de sus nematodos, sin embargo, la serena superficie verdiazul del agar —curiosamente similar, en su delicada firmeza, a la piel humana— no estaba para nada serena.

La notó perturbada.

No, perturbada no. Wallace sabía bien cuál era la palabra correcta en casos así.

Contaminada.

Moho y polvo, como en esas atroces recreaciones de ciertos acontecimientos volcánicos —civilizaciones completas petrificadas bajo las cenizas, el hollín y una piedra blanca y áspera—. Una delicada capa de esporas verdes cubría el agar y ocultaba una película bacteriana, supurante, difícil de detectar a simple vista. La gelatina parecía raspada con el extremo de un pincel basto. Wallace controló cada placa dentro de cada contenedor plástico y descubrió rastros de horror en todas. La contaminación bacteriana era tan grave que se filtraba por entre las tapas y se le derramaba sobre las manos, como pus en una herida. No era la primera vez que una de sus placas terminaba contaminada, o que se le llenaba de moho. Durante su primer año en el posgrado había sido cosa de todos los días. Pero con el tiempo había logrado mejorar las condiciones de limpieza, la técnica. Había aprendido a ser cauto, a prestar atención. Ahora era una persona distinta. Sabía cómo mantener sus cepas impolutas.

No, semejante carnicería estaba más allá de un mero descuido. No parecía un accidente, para nada. Era como la venganza de un dios menor. Wallace se quedó un rato en el laboratorio, negando con la cabeza y riéndose solo, en silencio.

Se reía porque le causaba gracia de un modo que le era difícil de dilucidar. Como una broma que surge inesperadamente por una

disposición aleatoria de circunstancias. En el último par de meses, había empezado a sentir que tal vez estaba, por primera vez en sus cuatro años de posgrado, a las puertas de algo. Se había ido acercando al perímetro de una idea; podía intuir los límites de sus interrogantes, la profundidad y el alcance de sus elementos. Se venía despertando cada mañana con una idea en ebullición, y esa idea lo ayudaba a sobrellevar sus horas olvidables, la perseverancia y el dolor sordo de levantarse a las nueve y retomar el trabajo después de haberse acostado de madrugada, a las cinco. Eso que venía titilando en las ventanas altas del laboratorio —esa luz brillante, esa mancha, esa mota de polvo— era la esperanza, la posibilidad de un efímero instante de lucidez.

¿Y ahora qué tenía para mostrar de todo eso? Una parva de nematodos moribundos. Había ido a controlarlos apenas tres días antes y le habían parecido algo hermoso, perfecto. Los había depositado en la oscuridad fresca de la incubadora para que pudieran reposar durante tres días sin que nadie los perturbara. Quizá si hubiera vuelto a revisarlos el día anterior. Pero no, para ese entonces también habría sido demasiado tarde.

Había sido un verano repleto de esperanzas. Wallace, por fin, empezaba a pensar que podía lograr algo.

Y después, en su *inbox*, lo mismo de todos los viernes: *Vayamos al muelle, busquemos una mesita.*

En aquel momento le pareció la mejor decisión. En el laboratorio ya no podía hacer más nada. No había manera de salvar las placas contaminadas ni los nematodos agonizantes. No le quedaba otra que empezar todo desde cero. Pero se sentía incapaz de ir hasta las esteranterías, buscar placas limpias y disponerlas como si repartiera una nueva mano de cartas. Se sentía incapaz de encender el microscopio y de comenzar con la delicada labor necesaria para salvar esa cepa, si es que aún no estaba arruinada por completo —y ni siquiera estaba listo para saber si ya era demasiado tarde—.

No se animaba.

Por eso se había ido al lago.

*

Se sentaron los cinco en un silencio tenso, raro. Wallace sintió que su aparición repentina había interrumpido algo, como si en cierta forma su presencia viniera a torcer el curso habitual de las cosas. Quedó sentado frente a Miller, junto al muro. A sus espaldas, un velo de raíces delicadas se aferraban al concreto; los recovecos estaban rebosantes de insectos oscuros. De la mesa se desprendían escamas de pintura bordó, como los pelos sueltos de un perro sarnoso. Yngve iba arrancando astillas grises de las zonas descascaradas y se las tiraba a Miller, a quien o bien no le importaba o bien ni se daba cuenta. En su gesto había siempre una especie de fastidio difuso: una queja sutil, una mirada ciega, de ojos entrecerrados. Esto a Wallace le resultaba al mismo tiempo repulsivo y adorable. Pero esa tarde, con el mentón apoyado en una mano, Miller parecía únicamente aburrido y cansado. Había ido a navegar con Yngve, y aún traía el chaleco salvavidas marrón desabrochado sobre la camisa —las correas colgaban como si estuvieran enfermas—. Tenía el pelo hecho una maraña de rulos húmedos. Yngve era más corpulento y atlético que Miller; tenía cabeza triangular, dientes apenas puntiagudos, y caminaba siempre un poco inclinado hacia adelante. Wallace vio cómo se le tensaban los músculos del antebrazo mientras hurgaba la madera para arrancar nuevas hebras: las amasaba en pequeñas bolitas y las arrojaba empujándolas con la punta del pulgar. Una por una iban aterrizando en el pelo de Miller, o en su chaleco, pero él ni se inmutaba. Cuando Yngve vio que Wallace lo miraba, le guiñó un ojo, como si la travesura fuera un chiste íntimo entre ellos dos.

Junto a él, de su mismo lado de la mesa, Cole y Vincent estaban prácticamente uno encima del otro, como si rezaran a bordo de un barco a punto de hundirse. Cole le acariciaba los nudillos. Vincent se había puesto los anteojos de sol sobre la frente; su cara parecía más chica, como la de una mascota desamparada. Hacía varias semanas que Wallace no lo veía, quizá desde el almuerzo que ellos dos habían organizado para el 4 de julio. Y de eso, se daba cuenta ahora con un zumbido de ansiedad, ya había pasado más de un mes. Vincent trabajaba en el mercado

financiero: monitoreaba misteriosas parvas de dinero del mismo modo en que los climatólogos rastrean la evolución de los glaciares. Ahí, en el Midwest, riqueza era sinónimo de vacas, maíz o biotecnología; tras generaciones enteras dedicadas a proveer a los Estados Unidos de trigo, leche y aves de corral, del suelo del Midwest había brotado ahora una industria que fabricaba escáneres y dispositivos, un cultivo de órganos, apósitos y sueros surgidos de una mixtura genética. Era otra clase de agricultura, del mismo modo en que la labor de Wallace era una cría de animales de otro tipo, pero en definitiva seguían haciendo lo mismo que había hecho siempre la gente, la única diferencia estaba en los detalles más insignificantes.

—Tengo hambre —dijo Miller deslizándose los brazos por sobre la mesa. Lo repentino del gesto, ese barrido de manos tan próximo a los codos de Wallace, lo sobresaltó.

—Miller, estabas parado al lado mío cuando pedí las jarras —dijo Yngve—. Podrías haber dicho algo en aquel momento. Y dijiste que no tenías hambre.

—Es que *no tenía*. Menos que menos hambre de helado. Quería comida de verdad. Sobre todo si vamos a andar tomando. Además nos pasamos el día entero bajo el sol.

—Comida de verdad... —dijo Yngve negando con la cabeza—. ¿Lo oyeron? ¿Qué quieres, espárragos? ¿Semillas? Comida de verdad. ¿Qué quiere decir?

—Sabes a qué me refiero.

Vincent y Cole tosieron por lo bajo. La mesa se inclinó ante el movimiento de los cuerpos. ¿Los aguantaría? ¿Resistiría? Wallace afirmó las manos sobre los listones del tablero, vio cómo los chicos se deslizaban sobre ínfimos clavos oscuros.

—¿Así que sé? —canturreó Yngve. Miller soltó un gruñido y puso los ojos en blanco. A Wallace esa andanada de burlas ligeras le resultó un poco triste. Esa clase de tristeza íntima que alguien bien puede obviar durante mucho tiempo hasta que un día, irremediablemente, salta a la superficie como una amenaza.

—Quiero comer algo, nada más. No hace falta que te pongas tan cargoso, por favor —dijo Miller con una sonrisa, aunque había cierta

aspereza en su voz. *Comida de verdad*. Wallace en su casa tenía comida de verdad. Vivía muy cerca. Pensó en invitarlo, en darle de comer, como si Miller fuera un animalito abandonado. *Ey, anoche me sobra-ron unas costillas de cerdo*. Podía caramelizar unas cebollas, recalentar la carne, cortar un poco de pan de la panadería de la esquina, pan del bueno, con corteza, remojarlo en grasa o en manteca y freírlo. Prefiguró la escena entera: una cena improvisada con sobras, transformada en algo sustancioso, veloz, cálido. Wallace se sintió en uno de esos momentos en que todo parecía posible. Pero al rato, tras un leve cambio en la sombra que incidía sobre la mesa, el instante había pasado.

—Puedo ir al puestito. Si quieres. Puedo comprar algo —dijo Wallace.

—No. No hace falta. No necesito nada.

—¿Seguro? —preguntó Wallace.

Miller alzó las cejas y Wallace sintió su escepticismo como una cachetada.

La amistad que tenía con Miller nunca había incluido semejante intercambio de favores, de gentilezas, y sin embargo se veían constantemente. Junto a la máquina de hielo, en la cocina —donde sacaban de las estanterías platos y cuencos abandonados para servirse un almuerzo triste, fugaz—, en la cámara frigorífica —donde estaban guardados los reactivos sensibles—, en los horriblos baños de paredes violetas —sitio al que entraban juntos, como primos hoscos, desdichados, y donde se fastidiaban mutuamente en el tono afable de dos enemigos demasiado haraganes como para pegar un salto hacia la violencia concreta, hacia el daño real—. En diciembre, durante una fiesta organizada por el Departamento, Wallace había hecho un comentario displicente sobre la ropa de Miller: la había llamado *el uniforme típico de los rústicos del Midwest*, o algo así, algo relacionado con los campamentos de casas rodantes, con la pobreza. La gente se había reído, incluido el propio Miller, pero después, durante varios meses, cada vez que se cruzaban, Miller sacaba a relucir el tema: *Ay, miren, ahí llegó Wallace; me imagino que el experto en moda tendrá algo para decir*, y después un parpadeo, una sonrisa fría, torva.

En abril, Miller se la había devuelto. Wallace llegó tarde a un seminario del Departamento y tuvo que quedarse de pie al fondo del salón. Miller ya estaba ahí. Ambos eran profesores adjuntos en una clase previa al seminario que se había extendido de más, pero Miller se había ido temprano mientras que Wallace se había demorado respondiendo preguntas de los alumnos. Se apoyaron contra los paneles de madera a mirar cómo iban desfilando morosamente las sucesivas filminas. El académico invitado era célebre en el campo de la proteómica. Solo quedaba lugar de pie. Una veta mezquina en Wallace se alegró al descubrir que Miller tampoco había conseguido asiento. Pero después Miller se le acercó, se inclinó un poco, la calidez húmeda de su aliento contra la oreja de Wallace, y le dijo: ¿A tu gente en general no la ubican adelante de todo? Wallace había sentido una emoción gélida y reacia ante la proximidad de Miller, pero de inmediato se convirtió en otra cosa. El costado derecho del cuerpo de Wallace se adormeció con un calor intenso. Cuando Miller lo miró a la cara, sin duda tuvo que haberlo percibido: no tenían ese grado de amistad, la lista de cosas con las que podían hacer chistes no incluía la cuestión racial. Después de la conferencia, en la fila tumultuosa de los que esperaban café gratis y galletitas rancias, Miller había intentado disculparse, pero Wallace se había negado a escucharlo. De ahí en más, y durante varias semanas, se había mantenido a distancia de Miller. Y así se habían ido sumiendo en ese silencio frío que surge entre dos personas que deberían tener un vínculo cercano pero que no lo consiguen por culpa de un error de cálculo grave y primordial. Wallace había terminado por lamentar ese punto muerto, porque les impedía hablar de las muchas cosas que sí tenían en común: ambos habían sido los primeros dentro de sus respectivas familias en ir a la universidad; ambos habían quedado apabullados por el tamaño de esa ciudad del Midwest; ambos eran bichos raros en su grupo de amigos, dos chicos muy poco acostumbrados a la vida fácil. Pero ahí estaban.

El silencio atónito de Miller ante la oferta y la cautela oscura en su rostro le aportaron a Wallace toda la información que necesitaba.

—Bueno, como quieras —dijo muy calmo. Miller apoyó la cabeza sobre la mesa y soltó un gemido exageradamente lastimero.

Cole, que era más amable que el resto del grupo y podía, por ende, salir airoso de ciertas actitudes, alargó una mano hacia la cabeza de Miller y le revolvió el pelo.

—Vamos —le dijo. Miller resopló, deslizó sus piernas infinitas por debajo de la mesa y se levantó. Cuando Cole le dio a Vincent un beso en la mejilla y en el hombro, Wallace sintió que lo perforaba una nueva y helada esquirla de envidia.

La mesa que había detrás de Yngve estaba ocupada por los integrantes de un equipo de fútbol. Iban todos vestidos con *shorts* baratos, de *nylon*, y remeras blancas con un número dibujado a mano. Discutían en voz alta sobre algo; tenis femenino, creyó entender Wallace. Eran chicos atléticos, bronceados; estaban cubiertos de tierra y pasto. Uno llevaba puesta una vincha con un arcoíris y señalaba agresivamente a otro del grupo, le gritaba en español, o tal vez en portugués. Wallace intentó descifrar de qué hablaban, pero sus siete años de francés le sirvieron de poco ante esa avalancha de diptongos y de consonantes fragmentadas.

Yngve estaba absorto en su teléfono, la cara presa del brillo, los rasgos más afilados ahora que ya anochecía. La oscuridad se iba infiltrando en el cielo como una mancha en lenta expansión. El lago se había puesto metálico, ominoso. Era ese momento en las tardes de verano, justo después de la hora azul, en que todo empezaba a enfriarse, a asentarse. El viento traía un dejo salado, un potencial eléctrico.

—Este verano casi ni te vimos —dijo Vincent—. ¿Dónde te estuviste escondiendo?

—En casa, supongo. Aunque no sabía que me estuviera escondiendo.

—La otra noche invitamos a Roman y a Klaus... ¿Cole no te contó?

—En realidad creo que no vi a los chicos en toda la semana. Fue medio un infierno.

—Bueno, no pasó nada del otro mundo. Una cena, nada más. No te perdiste gran cosa.

Si no había sido gran cosa, pensó Wallace, entonces para qué se lo mencionaba. Él había ido al último almuerzo en su casa, ¿o no? Pero incluso ahí, según recordaba, Vincent también le había dicho

que ya casi no lo veían nunca, que no salían juntos, que él ni preguntaba por ellos. *Es como si no existieras*, le había dicho Vincent entre risas, y Wallace había visto cómo se le hinchaba una vena gruesa en el centro de la frente, y había deseado, con serena crueldad, que estallara. En el laboratorio de biociencias, Wallace se cruzaba con Cole, Yngve, Miller y Emma casi todos los días. Se saludaban con una inclinación de cabeza, o levantando la mano; tenían decenas de gestos mínimos para darse por aludidos. No salía con ellos, eso era verdad. No iba a sus bares favoritos, ni los había acompañado a recoger manzanas, todos apiñados en dos coches, ni se había sumado a la excursión a Devil's Lake. No salía con ellos porque nunca sentía que se alegraran genuinamente por su presencia. Siempre terminaba estancado en algún rincón, charlando con cualquiera que lo compadeciera lo suficiente como para tirarle un huesito de charla insustancial. Y sin embargo ahí estaba Vincent, dando a entender que ya no pasaban tiempo juntos solo por culpa de Wallace, como si ellos no tuvieran ninguna responsabilidad.

Sonrió lo mejor que pudo.

—Parece que la pasaron muy bien.

—Y la semana pasada vinieron Emma y Thom. Almorzamos algo liviano al lado de la pileta y fuimos al parque para perros. Scout se está convirtiendo en *una mole*. —La vena en la frente de Vincent volvió a inflarse. Wallace se imaginó apoyándole un pulgar, apretando fuerte, y después emitió, desde el fondo de su garganta, un sonido de aprobación, como diciendo: *No, ¿en serio?*

—¿Dónde están Emma y Thom? Pensé que venían —dijo Yngve.

—Llevaron a bañar a Scout.

—¿Cuánto pueden tardar en bañarla? —preguntó Yngve con una furia exagerada.

—Depende de lo embarrada que esté —dijo Vincent entre risas, y miró a Wallace, que si bien no estaba por encima de nadie sí se consideraba exento de hacer chistes que incluyeran mierda de perro, así que solo se aclaró la garganta. Vincent tamborileó los dedos sobre la mesa—. No, pero en serio, Wallace, ¿qué estuviste haciendo? ¿Te crees demasiado importante como para venir a reunirse con tus amigos?

Era una hipótesis bastante absurda. Hasta Yngve abrió grandes los ojos. Wallace dejó escapar un zumbido grave, como si intentara concentrarse, mientras esperaba que ese momentáneo destello de ira y humillación se extinguiera. Vincent lo miraba paciente, atento. Wallace entrevió una ráfaga de movimiento en la mesa vecina: los chicos del fútbol habían empezado a empujarse; percibió el blanco cegador de las remeras, los rectángulos brillantes que caían uno sobre el otro, como en una pintura de posguerra.

—En primer lugar, estuve trabajando —dijo—. Y en segundo... también. Eso solo, en realidad.

—Nos fascinan los mártires —dijo Vincent—. Sospecho que vamos a hablar sobre esto toda la noche, ¿no? Nuestra Señora del Perpetuo Laboratorio.

—No siempre hablamos sobre el laboratorio —dijo Yngve, pero Wallace solo atinó a reírse, por más que la broma también fuera a expensas suyas. Era cierto: no hablaban de otra cosa. Daba igual sobre qué tema estuvieran discutiendo, la charla derivaba siempre, irremediablemente, hacia lo mismo: *El otro día estaba aislando un compuesto y no me van a creer, pero sí, se me eluyó antes de que pudiera terminar la última pasada. Alguien no llenó la caja de las micropipetas, así que adivinen quién tuvo que pasarse cuatro horas en el autoclave. ¿Es mucho pedir que vuelvan a poner mi pipeta donde la encontraron? Se la llevan con total impunidad y no la devuelven nunca.* Wallace entendía la frustración de Vincent. Se había mudado a la ciudad durante el segundo año del grupo para estar con Cole, y en la misma semana en que todos esperaban las notas de los exámenes finales, había organizado una fiesta navideña para inaugurar la casa. En lugar de tomar cerveza barata y apreciar la elegancia del inmenso sofá de cromo y cuero, el grupito se había amontonado en un rincón para analizar, entre susurros, el examen 610, con su inesperada pregunta final sobre la doble hélice, y el 508, que incluía un ejercicio sobre cambios de energía libre bajo diversas condiciones osmóticas para el que Wallace había necesitado llenar cinco hojas con cálculos sobre los que no pensaba desde la época de su licenciatura. Vincent se había pasado la noche entera decorando el árbol, mientras los demás se lamentaban por las

pruebas. A Wallace le había dado un poco de pena. Pero era una cosa automática, un acto reflejo que los llevaba una y otra vez hacia el laboratorio, porque hablar únicamente sobre ciencias les permitía ignorar otras preocupaciones. Era como si el posgrado hubiera eliminado a las personas que habían sido antes de llegar a la universidad.

Ese había sido, al menos para Wallace, el objetivo central. Y sin embargo había empezado a sentir, en especial ese verano, algo inédito: quería otra cosa. Era infeliz, y por primera vez en su vida esa infelicidad no le parecía enteramente necesaria. A veces anhelaba confiar en ese impulso, saltar desde su vida hacia el vacío vasto e incalculable del mundo.

—Yo también trabajo, pero no me ven todo el día hablando sobre ese tema. Porque sé que los voy a aburrir —dijo Vincent.

—Pero lo tuyo *es* un trabajo. Esto no. Lo que hacemos nosotros es otra cosa —dijo Yngve.

—Hablan de eso todo el tiempo porque no tienen otros motivos de orgullo —retrucó Vincent. Wallace silbó por lo bajo. Las voces en la mesa de al lado subieron de tono y de volumen. Cada tanto se oía algún grito, festejos o quejas. Ahora, por lo que veía Wallace, se habían reunido todos en torno a un teléfono y miraban alguna clase de partido. De a ratos los cuerpos se separaban un instante, y él distinguía el brillo de la pantalla antes de que volviera a perderse en el amontonamiento.

—La vida es más que una serie de programas y de puestos académicos —estaba diciendo Vincent. Algunos ruidos en el lago, más gritos jocosos. Wallace miró en dirección al agua, donde las siluetas oscuras de las rocas se iban plegando hacia las profundidades en sombra. Desde algunas embarcaciones cercanas a la orilla llegaba música, pero sonaba como una fritura de estática, como cuando alguien intenta sintonizar una estación de radio.

—No estoy tan seguro, Vincent —dijo Wallace. Yngve le dio la razón con un gruñido. Wallace no creía, de todas formas, que en ese tema coincidieran del todo. ¿Cabía, acaso, alguna posibilidad? El padre de Yngve era cirujano, su madre daba clases de historia en la facultad de humanidades. Yngve se había pasado la vida en ese mundo hecho

de programas y de puestos académicos. Que Wallace dijera algo así solo significaba que, en caso de perderlo, no sería capaz de sobrevivir. Se preguntó si no había sido demasiado brusco con Vincent, y se dio vuelta para pedirle disculpas, pero en ese momento aparecieron Cole y Miller. La cara interna de los muslos de Miller, de un blanco pálido, proyectó unos destellos. Comparada con el resto del cuerpo, la piel de esa zona parecía suave e inmaculada. Sus pantalones cortos eran demasiado cortos. Las correas de su chaleco salvavidas tintinearón. Cole tenía un andar torpe y un entusiasmo algo atropellado, como el de un cachorrito. Traían cajas blancas con pochoclo, y algo adentro de un enorme recipiente plástico: nachos embebidos en un revoltijo de queso gomoso, generosamente regado de jalapeños. *Uf*, soltó Miller al sentarse. También habían comprado unos tacos que Yngve les arrebató de inmediato, retorciéndose de placer.

—Ay, sí —dijo Yngve—. Sí, sí, sí. Así se hace, chicos.

—Pensé que no tenías hambre —dijo Miller.

—Nunca dije eso.

Cole le alcanzó a Vincent un cuenco con helado de vainilla. Se besaron otra vez. Wallace apartó la vista porque le parecía un acto sumamente íntimo.

—¿Quieres un poco? —le preguntó Cole, ofreciéndole nachos, ofreciéndole pochoclo, ofreciéndole comida, tal como el propio Wallace había querido ofrecerle antes a Miller.

Dijo que no con la cabeza, muy despacio, rechazando la calidez que se le proponía.

—No, gracias.

—Como gustes —dijo Miller, pero Wallace podía sentir el peso de su mirada, el calor. Se daba cuenta cuando lo miraban, cuando lo controlaban, como si el otro fuera un predador.

—¿Lo de mañana sigue en pie? —preguntó Cole, desplegando sobre la mesa una servilleta blanca.

—Sí —dijo Wallace.

La grasa de los tacos fue empapando la servilleta hasta que la madera de la mesa se hizo visible por debajo de las capas delgadas, casi translúcidas, de papel. Cole frunció el entrecejo, puso otra servilleta,

y otra más. El olor de la comida contrastaba con la podredumbre dulce del lago. Plantas en descomposición.

—¿Qué cosa sigue en pie? —preguntó Vincent.

—Tenis —respondieron los dos al unísono.

—¿Para qué pregunto? —protestó Vincent.

Cole lo besó en la nariz. Miller abrió el recipiente con los nachos. Wallace se apretó las manos por debajo de la mesa con tanta fuerza que crujieron.

—Tal vez llegue un poquito tarde —dijo Cole.

—Está bien. Igual tengo que trabajar un rato. —Pero no era *un rato*. Wallace se mareó de solo pensarlo. Tanto esfuerzo dilapidado. Más los esfuerzos que aún harían falta para reparar los daños, que además podrían no servir para nada. Wallace había hecho bien en no pensar en el tema, en ponerlo momentáneamente entre paréntesis. Sintió la opresión de la náusea. Cerró los ojos. El mundo daba vueltas en órbitas lentas, opacas, viscosas. Qué idiota, pensó. Un idiota, un completo idiota. Haber confiado en que las cosas iban a salir bien, haber creído que por fin había llegado *su* momento. Se detestó por haber sido tan ingenuo.

—Por eso mismo es que voy a llegar tarde —dijo Cole entre risas. Wallace abrió los ojos. Sentía un regusto metálico en la boca. No parecía sangre, no tenía un dejo cobrizo. Era otra cosa... como plata.

—¿Vas a trabajar mañana? —preguntó Vincent—. ¿Vas a trabajar un día en que tenemos planes?

—No mucho.

—Mañana es sábado.

—Y hoy es viernes, y ayer fue jueves. Es un día como cualquiera. Tengo trabajo.

—Yo no trabajo los fines de semana.

—¿Y qué esperas?, ¿que te demos una medalla? —preguntó Cole, la voz teñida por una veta húmeda de desprecio.

—No, no quiero una medalla. Pero quisiera pasar un fin de semana con mi novio, para variar. Y en verano, nada menos. ¡Perdón!

—Acá estamos, ¿no? ¿Creo que sí, no? Estoy acá. Y tú también. Estamos todos. Ahora. Estamos acá.

—A la mierda, qué capacidad de observación tan deslumbrante.

—¿No podemos disfrutar un poco de estos últimos días de verano?

—Wow, sí, obvio. *Ahora que se termina*. Excelente.

—Empieza un nuevo año —arriesgó Yngve—. Ya sabes lo que implica...

—Año nuevo, datos nuevos —dijeron al unísono Yngve y Cole, los ojos colmados por un optimismo fulgurante, urgido. Wallace esbozó una sonrisa; durante un instante se olvidó de sí mismo, flotó en esa tibieza que le ofrecían, en las posibilidades que se abrían ante sí. Año nuevo, datos nuevos. No creía que semejante cosa operara en su propia vida. Era algo que la gente decía cada tanto. Un recurso para seguir avanzando. Golpeó los nudillos contra la mesa, fuerte.

—Toco madera.

—Dios mío —dijo Vincent.

—Ey. —Cole abrazó a Vincent, pero Vincent se lo sacó de encima. Dejó caer su cuenco sobre la mesa y el helado salpicó la superficie de madera. Una gota blanca, como una escupida tibia, aterrizó en la muñeca de Wallace.

—¿Qué harían si no tuvieran todo esto? Si tuvieran que arreglárselas solos —dijo Vincent. Los fue mirando uno por uno. Miller alzó las cejas. Yngve se puso levemente colorado. Wallace le quitó un par de servilletas a Cole para limpiarse la muñeca.

—¿Arreglárnoslas solos? Perdón, pero trabajas *con inversiones*. No vives precisamente en la indigencia —dijo Cole.

—No dije que yo viviera mal. Solo les pregunto: ¿qué pasaría si tuvieran que valerse por ustedes mismos? ¿Pensar por ustedes mismos? Planificar sus viditas. Estarían perdidos.

—¿Acaso no planifico mi vida? ¿Mis proyectos? ¿Mis experimentos? ¿Me estás diciendo que no planificamos una vida juntos? Hasta tenemos muebles, Vincent.

—Porque *yo* compré muebles. Cuando me mudé acá básicamente estabas viviendo en una fraternidad con estos dos —dijo Vincent señalando sin delicadeza a Yngve y a Miller, que miraban estoicos—. De mesa ratona usaban un pedazo de melamina apoyado

en unos baldes. Santo Cielo. No sabes nada sobre muebles, del mismo modo en que no tendrías ni idea cómo conseguir un trabajo de verdad, un seguro médico de verdad, o cómo pagar los impuestos. Ni siquiera podríamos tener unas vacaciones como la gente. Cinco días en Indiana. Cuántos recuerdos. Qué hermosura.

—El verano pasado estuvimos con tus padres en Misisipi, ¿o no?

—Sí, pero tu familia *detesta* a los gays, Cole. Es una diferencia fundamental.

Wallace se rio y después apretó los labios tanto como le fue posible. Sentía de nuevo esa punzada de vergüenza al ver cómo algo íntimo se volvía horriblemente público frente a sus propios ojos. Y sin embargo, no lograba mirar para otro lado. Habían empezado esa discusión entre sonrisas y leves amagues de violencia, pero ahora se estaban ladrando. Cole se había apartado de Vincent, y él había hecho lo mismo, cosa que había inclinado muy curiosamente la mesa que ocupaban. La comida empezó a deslizarse sobre los listones de madera. Miller atrapó los nachos justo antes de que cayeran al suelo.

Cole le dedicó una sonrisa a Wallace:

—¿Una ayudita, no? ¿Nada? Estamos hablando de Misisipi.

—Soy de Alabama —dijo Wallace, pero Cole cerró los ojos.

—Sabes a qué me refiero. Es lo mismo pero distinto.

—Soy de Indiana —dijo Miller—, y hasta yo creo que es espantoso. Vincent tiene algo de razón.

—Básicamente eres de Chicago —dijo Cole—. Esto no es... Vincent odia a mi familia. Es eso.

—No odio a tu familia. Tu familia es maravillosa. Es solo que tiene un racismo profundo y una homofobia amplísima.

—Mi tía es racista —le dijo Cole a Wallace.

—Su madre dijo que en la iglesia estaban atravesando un momento *difícil*. Cuéntale qué entiende por difícil, Cole.

—Una familia negra se había sumado a la congregación. O eso intentó. ¿Aún lo estará intentado? —dijo Cole, cubriéndose la cara con las manos. Tenía el cuello de un rojo profundo.

—Así que no me digas que no son...

—Cuando yo era chico no había personas negras en mi iglesia —dijo Miller—. Antes de que dejara de ir, en todo caso. Estamos hablando de Indiana.

—Es decir, mi familia en realidad no iba a la iglesia —dijo Yngve—. Tampoco había gente negra en mi ciudad. Pero a mis abuelos les encantan las personas negras. Dicen que los suecos son los negros de Escandinavia.

Wallace se atragantó un poco con su propia saliva. Yngve se retorció de vergüenza y volvió a concentrarse en el taco.

—Como sea, la vida es mucho más que sus pipetas y sus tubos de ensayo —dijo Vincent muy serenamente—. Se la pasan haciendo de cuenta que son adultos, jugando con sus juguetitos de plástico.

Cole estaba a punto de responder justo cuando Wallace abrió la boca. Una sorpresa para todos.

—Qué tontería, ¿no? Seguir en la universidad, de esta manera. A veces me pregunto qué estoy haciendo acá. Pero supongo que no es tan tonto. Mucha gente diría eso. Pero aun así me pregunto cómo será irse. Hacer alguna otra cosa. Algo *real*, como dice Vincent. —Se rio al pronunciar estas palabras. Miró por sobre sus amigos, en dirección a los chicos del fútbol, quienes, ya más tranquilos, parecían tan absortos en lo que fuera que miraran que no pensaban en moverse, o siquiera en tocar las cervezas. Wallace se hundió un pulgar en la rodilla hasta hacerse doler—. Creo que a veces detesto todo esto. Un poco. Creo. Odio este lugar.

Dejó caer esas palabras como si purgara algún espacio interno, denso y caliente, y al terminar levantó la vista, convencido de que nadie le había estado prestando atención. Solía ser el caso. Cuando él hablaba, la gente iba perdiendo y recuperando intermitentemente la concentración. Pero al alzar la mirada descubrió que todos lo estaban observando con una especie de cariñoso estupor.

—Ay —dijo, un poco perplejo. Miller siguió comiendo nachos, pero Yngve y Cole entrecerraron los ojos. Sus sombras recorrieron la mesa. Se sintieron mutuamente cerca.

—¿Sabes que tienes la libertad de irte, no? —dijo Vincent, su voz tibia sobre el cuello de Wallace—. Si no eres feliz acá, siempre tienes esa posibilidad. No tienes por qué quedarte.

—Un momento. Espera. Un segundo, espera, espera. No le digas esas cosas —intervino Cole—. Si te vas, no hay vuelta atrás.

—Cariño, en eso consiste el mundo real, en hacer cosas que no tienen vuelta atrás.

—¿Te estás escuchando? ¿Ahora de pronto te dedicas al *coaching* ontológico? Eres *telemarketer*, literalmente.

—Ay, qué pretencioso, por favor —siseó Vincent—. A veces das miedo.

Cole se asomó por sobre Vincent para mirar fijo a Wallace:

—No vas a sentirte mejor solo por irte. Irse es como abandonar.

—No tienes derecho a decirle a alguien qué cosa puede o no puede resultarle muy difícil —dijo Vincent enardecido. Wallace extendió un brazo y le apoyó la palma de la mano sobre la espalda. Sintió la transpiración en la camisa. Su cuerpo vibraba como una cuerda de guitarra.

—Ey, no pasa nada —dijo Wallace, pero Vincent casi no lo escuchó.

—No lo presionen —le dijo Vincent a Cole—. ¿Qué estamos, en una secta?

—Me pregunto dónde se metió Lukas —dijo Yngve en voz tan alta que lo escucharon hasta los chicos del equipo de fútbol—. ¿Sabes, Cole?

—Con Nate, creo —dijo Cole, que seguía con la vista clavada en Vincent. Yngve se estremeció. Él y Lukas se habían enamorado durante el primer año del posgrado, pero Yngve era hétero y pasado un tiempo Lukas se hartó de anhelarlo en vano y se consiguió un novio que cursaba en la facultad de veterinaria. Una decisión muy curiosa pero acertada, creía Wallace. A veces, en las fiestas, cuando Yngve se emborrachaba perdidamente, decía cosas como: *Dormir con un veterinario es una especie de zoofilia. O sea, no es una profesión en serio.* Lukas se encogía de hombros y lo dejaba hablar. Yngve, de todas formas, tenía novia. A Wallace le daban pena los dos. Le parecía que la pasaban peor de lo estrictamente necesario.

—¿Van a venir?

—Si son inteligentes, no —dijo Vincent.

El helado ya era un lodo blanquecino. Los insectos habían abandonado la enredadera del muro y surcaban la oscuridad para abalanzarse sobre la comida. Wallace trató de ahuyentarlos.

—No era obligatorio que vinieras. Podrías haberte quedado en casa —dijo Cole.

—También son amigos míos.

—Sí, *ahora sí*. Ahora son amigos tuyos.

—¿Qué dijiste?

Wallace miró a Yngve, que parecía aterrorizado, y luego a Miller, que seguía impertérrito, casi como si estuviera sentado en otra mesa. Les hizo un gesto de asentimiento a Cole y a Vincent. Miller apenas si atinó a encogerse de hombros. Nada demasiado sorprendente. Wallace, de hecho, sabía de sobra que era mejor no meterse en esas escaramuzas, pero aun así se sintió mal, como si fuera su culpa. Yngve le dio un codazo a Miller, pero no logró quebrantar su apatía infinita. Vincent respiraba a toda velocidad, con ruido. El agua se mecía contra los cascos de las embarcaciones amarradas cerca de la orilla.

—Nadie va a renunciar. Nadie se va a ninguna parte. La estamos pasando de puta madre —dijo Wallace.

—Sí, seguro —fue la respuesta de Vincent, pero Cole sonrió—. No seas tan llorón.

—Para nada. ¿Ves que alguien llora? —dijo Cole, refregándose los ojos con el canto de la mano.

—Ay, pobre bebito. Pobrecito —dijo Yngve, y le pasó una mano por el pelo—. ¿Vas a sobrevivir?

—Ya basta —dijo Cole con una voz infinitamente pequeña. Se reía, pero también lloraba. Todos hacían un esfuerzo desmedido por no verlo, intentaban ignorar la humedad en sus ojos. Pobre Cole, pensó Wallace, siempre tan expuesto, tan a flor de piel. Cuando lo vio secarse las lágrimas, sintió un ardor en la garganta.

—Bueno, parece que se va a recuperar —dijo Wallace. Esos eran sus amigos, las personas que mejor lo conocían y que más lo querían en el mundo. Y estaban sumidos otra vez en un silencio horrendo, absoluto, salvo que en esta ocasión Wallace sabía con certeza que la culpa había sido suya. Era el causante de la discusión. Él y su boca

floja. Pero lo más gracioso de todo, la revelación que recién empezaba a comprender, era que había dicho apenas una parte de esa verdad. Sí, pensaba en irse, y sí, cada tanto odiaba el lugar. Pero había otra cosa: no se trataba tanto de un deseo por abandonar el posgrado, sino más bien de un deseo por dejar su vida. La verdad de ese sentimiento se amoldaba bajo su piel como un nuevo yo, un yo incómodo del cual, habiéndolo aceptado, ya no podría desprenderse.

—Parece que hubieras visto un fantasma —le dijo Yngve. Wallace intentó sonreír. Sus pensamientos lo habían dejado sin aire. Yngve no le devolvió la sonrisa. Cole se inclinó hacia adelante para mirarlo mejor. Vincent también. Hasta Miller, que tragaba jalapeños a manos llenas, se alejó reticente de la comida.

—Estoy bien —dijo—. En serio. —Tenía la garganta apretada. No le alcanzaba el aire. Sintió que se hundía.

—¿Quieres un poco de agua... o algo? —preguntó Vincent.

—No, no. Sí. Yo la traigo —dijo Wallace con la voz ronca. Se levantó. Se afirmó con las manos mientras el mundo se aflojaba a su alrededor. Cerró los ojos. Sintió que una palma se apoyaba sobre su antebrazo. Era Cole, pero Wallace rehuyó el contacto—. No te preocupes. Estoy bien.

—Te acompaño —dijo Cole.

—Dije que te quedaras. Tranquilo —sonrió Wallace, las encías en llamas. Le dolían los dientes. Se alejó de la mesa, pero se daba cuenta de que aún lo miraban. Avanzó en dirección al lago. Antes de volver a presentarse frente a sus amigos con un semblante razonable de felicidad debía recomponerse.

*

Desde la orilla del lago, unos peldaños de piedra descendían hacia el fondo turbio. Estaban hechos de una roca dura, áspera, pulida por el agua y por el tránsito peatonal. A pocos metros de ahí, unas cuantas personas miraban, sentadas, cómo iba asomando la luna. Y sobre la orilla opuesta, distante, más allá de donde la península cubierta de pinos y de abetos se insertaba en el lago como un pulgar, había casas

elevadas sobre altos pilotes, con luces en las ventanas como ojos de pájaros enormes. Algunas noches, cuando tomaba el sendero que bordeaba el lago, Wallace había pensado, al mirar hacia el otro lado a través de la retícula de árboles, que todas esas casas parecían una bandada de inmensos pájaros agazapados. Nunca había ido a esa parte del lago, jamás había hallado un motivo para cruzar hasta esa zona de la ciudad, tan rara y alejada.

Las embarcaciones más chicas ya estaban de regreso en sus amarras, cubiertas con lonas, listas para pasar la noche. Las más grandes, fondeadas un poco más lejos, cerca de los cobertizos náuticos, por donde Wallace cada tanto iba a pasear, ahí donde el pasto crecía a sus anchas y los árboles eran más frondosos y robustos. Un poco más allá, junto a un puentecito techado, vivía una familia de gansos. A veces, cuando se deslizaban por el agua, bajo sus pies, Wallace veía las amplias alas grises desplegadas. En otras ocasiones los veía marchar, confiados y perezosos, hacia la sombra, en dirección a las canchas de fútbol y el área para pícnicos, como si fueran severos guardaparques. Pero ahora, de noche, los gansos ya no estaban, las gaviotas habían vuelto a sus nidos y Wallace tenía la orilla para él solo, sin contar a los otros testigos anónimos que andaban por ahí cerca. Los miró fugazmente y se preguntó qué contornos tendrían sus vidas, si eran felices, si estaban enojados, si algo los frustraba. Parecían personas como las que había en cualquier parte; gente blanca, ardida por el sol, agrietada, con ropa fea, demasiado suelta, con bocas elásticas y sonrisas enormes. Los jóvenes eran altos y estaban bronceados. Se reían al empujarse. Más lejos, una gran masa humana cubría el muelle como si fuera musgo. El agua se agitó a sus pies, le salpicó los pantalones cortos. La piedra era fría y viscosa. Una banda empezó a tocar a sus espaldas. Los instrumentos vibraron mientras cobraban vida.

Wallace se abrazó las rodillas y apoyó el mentón sobre los brazos. Deslizó los pies fuera de sus zapatillas de lona y dejó que el lago le cubriera los tobillos. Estaba frío, aunque no tanto como esperaba, o como le hubiera gustado. Había algo aceitoso en el agua, algo además del agua en sí, como una segunda piel que se arremolinaba bajo la superficie. Cada tanto cerraban los lagos durante varios

días a causa de las algas. A veces el agua secretaba neurotoxinas que podían resultar fatales. O albergaba organismos parasitarios que se adherían a los nadadores y los iban drenando hasta dejarlos secos, o les transmitían enfermedades que consumían sus cuerpos desde adentro. En esta ciudad el agua podía ser peligrosa, aun inadvertidamente. Pero no había carteles preventivos. Lo que proliferaba en esas aguas, fuera lo que fuera, por lo visto aún no había alcanzado niveles de riesgo para los seres humanos. Ahora, de cerca, a Wallace el olor le parecía peor, como si se tratara de una sustancia alcohólica, algo químico y poderosamente astringente.

Le hacía acordar al agua negra que lo había mirado fijo desde la rejilla de la piletta de la cocina, en casa de sus padres, tantos años atrás. Una cosa negra y circular, de olor agrio, rancio —como una pupila perfecta, que lo observaba desde abajo—. A su padre, además, le gustaba acaparar baldes con agua inmóvil. *Esos los estoy guardando*, le decía a Wallace cada vez que él intentaba vaciarlos. Los guardaba del mismo modo en que se guarda ropa vieja, botellas, lapiceras sin tinta o lápices rotos. Porque era imposible saber en qué momento la basura se podía transformar en algo útil. El agua en aquellos baldes era negra como el alquitrán porque se llenaba de hojas que caían desde el techo y se deshacían. A veces, consumido ya el verdor, Wallace veía restos de tallos marrones. Desde el ángulo adecuado era posible apreciar cómo se agitaban las larvas de los mosquitos al revolotear sobre la superficie. Una vez su padre le había dicho que eran renacuajos. Wallace le había creído. Había hundido las manos en el agua pastosa, formando un cuenco, y entrecerrando los ojos había intentado distinguir a los supuestos renacuajos. Pero obviamente: no eran más que mosquitos.

Agua oscura.

Sintió un nudo de tensión en la parte alta del pecho, algo sólido y enmarañado. Una especie de bola negra adherida al interior de los pulmones. También le dolía la panza. En todo el día no había comido más que un poco de sopa. La superficie de su apetito era áspera, como la lengua de un gato. Detrás de los ojos sentía una presión acumulada.